

Conde de Montemolin y su hermano don Fernando de Borbon. Fuera de esto, la adhesion del Conde de Reus á la Reina doña Isabel II nunca fué dudosa, y menos por aquel tiempo, en que mostraba verdadero entusiasmo hácia su persona. La Reina, por su parte, le correspondia con singular afecto, como lo dió á conocer en un banquete régio con que se obsequió á los generales del ejército de Africa, sentándole á su derecha; es decir, en uno de los puestos más distinguidos de la mesa.

Los catalanes residentes en Madrid obsequiaron tambien con un banquete á sus paisanos los generales Ros de Olano y PRIM, y este último fué objeto de una distincion especial en el Teatro de Novedades, cuya empresa le dedicó la representacion del drama de circunstancias, titulado: *La guerra de Africa ó rendicion de Tetuan*. La fachada del teatro y muchas casas inmediatas aparecieron iluminadas á la veneciana aquella noche, que era la del 8 de Mayo. Cuando el Conde de Reus, con su señora y un ayudante, se presentó en el palco que le habia sido reservado, el público le saludó con entusiastas vivas, que se repitieron durante la representacion, arrojándole multitud de coronas de laurel, adornadas con cintas de los colores nacionales.

## II.

El dia 10 de Mayo se hallaban acampados en la dehesa de Amanuel diez y ocho batallones y algunos escuadrones, en representacion de los diferentes cuerpos del ejército que habian tomado parte en la campaña de Africa: estas fuerzas debian efectuar al dia siguiente su entrada triunfal en Madrid.

El general O'Donnell tuvo la idea de reunir en aquel campo á todos los generales y jefes, para celebrar con un espléndido banquete la vuelta á la patria, invitando á esta fiesta, en representacion de sus hermanos de armas que habian quedado en la Península, al Marqués del Duero y á los Directores de las armas: tambien fueron convidados varios escritores, que habian compartido con el ejército las fatigas de la guerra.

Una magnífica tienda de campaña, alumbrada por la luz de mil bujías, dió cabida á los sesenta y tres comensales, reunidos en torno de la mesa, cuyo centro ocupaban por sus respectivos lados el Duque de Tetuan y el capitan general don Ma-

nuel de la Concha. Medio Madrid estaba fuera; pues el pueblo habia acudido á saludar y á contemplar á los guerreros tostados por el sol de Africa.

Como no puede caber en el cuadro de este libro la reseña detallada de los banquetes y demás fiestas con que se celebró el éxito de la guerra, solo apuntaremos aquí la parte de los brindis y discursos más notables por su intencion política ó por el carácter de las personas.

El general O'Donnell se levantó á brindar el primero, y cual si sus palabras fuesen el eco de las que ocho dias antes habia pronunciado en Alicante el Conde de Reus, dijo:

“Brindo por la Reina, cuyo augusto nombre ha sido nuestro grito de guerra en los campos de Marruecos, y la prenda más segura de todos nuestros triunfos: brindo porque siempre, con ese mismo grito, se regenere nuestra pátria, se levante nuestro país y llegemos á alcanzar la consideracion y el respeto del mundo, á que tiene derecho una nacion tan grande y tan magnánima como la nuestra. ¡Viva la Reina!

Estas nobles palabras fueron contestadas con un aplauso unánime.

Brindó luego el general Marqués del Duero, haciéndolo por el ilustre caudillo del ejército de Africa, y por el mismo ejército, que bajo su direccion habia obtenido tanta gloria, que alcanzaba aun á los que, á pesar suyo, no habian participado de sus fatigas y peligros.

En seguida se levantó el general PRIM, y dijo con fervoroso entusiasmo:

“La España no hace mucho era mirada con insultante desden por toda la Europa: hoy su fama se extiende de polo á polo. ¿A quién se deben estos gloriosos triunfos? ¿De quién debe ser la gloria? Del ilustre general en jefe del ejército de Africa, del invicto Duque de Tetuan, que tuvo elevacion para concebir, audacia para realizar y heroismo bastante para llevar á término una empresa tan grande, tan elevada y tan gigantesca como la guerra de Africa. ¡Brindo, pues, por el Duque de Tetuan!,”

Nada más delicado y oportuno que este brindis en boca del general que tantos lauros habia conquistado en aquella guerra: nada más político y prudente que esta demostracion hecha con toda la vibrante energía del convencimiento, á fin de disipar las nubes de la rivalidad y de los celos que comenzaban á dibujarse en el horizonte político. Así es que las palabras del Conde de Reus fueron acogidas con un estrepitoso bravo, dentro y fuera de la tienda, y el Duque de Tetuan se apresuró á contestar brindando por todos los generales del ejército de Africa, “á cuyo valor, dijo, á cuyo heroismo, á cuya inteligencia, á cuya constancia sedeben las glorias

todas de la campaña, y no á mí que solo he tenido la singular é inapreciable fortuna de estar á su frente.,

El general Ros de Olano tuvo un feliz recuerdo para el *soldado raso*, ese héroe oscuro y anónimo de todas las epopeyas guerreras, que sin el aliciente del aura popular, ni la perspectiva de los aplausos, sin otra mira que la satisfaccion de su conciencia y la exaltacion de su patria, expone su vida y derrama su sangre á todas horas.

El general Macrohon, ministro de Marina, que tambien lo habia sido interino de la guerra durante la campaña de Africa, expresó su afliccion por no haber participado de las penalidades del ejército. “Pero si algo ha podido compensar esta amargura de mi corazon, dijo, ha sido el haberme encontrado en posicion de ver cuales son los sentimientos que animan á nuestra augusta soberana y á nuestro generoso pueblo.— ¡Con qué sentimiento (añadió) no he oido yo muchas veces exclamar á S. M. la Reina con lágrimas en los ojos: ¡Por qué no nací hombre, para participar de sus riesgos y de sus glorias? ¡Con qué solícito afan, con qué febril entusiasmo no os seguia con su pensamiento y se anticipaba á todas vuestras necesidades! Y el pueblo hacia lo mismo que su Reina, porque se entusiasmaba con vuestras victorias, sufría con vuestras penalidades y tenia lágrimas de entusiasmo ó de profundo dolor al fijarse en vuestros dias de gloria ó en vuestros momentos de luto.,

El banquete militar concluyó con un viva á la Reina, dado por el general O'Donnell, y secundado por toda la concurrencia. La tienda de campaña fué invadida entonces por muchos hombres políticos de todas opiniones, que felicitaban á los bizarros generales, viéndose entre otros al Conde de San Luis abrazar afectuosamente al Marqués de los Castillejos.

Hemos dicho que habia medio Madrid en el campamento de Amaniel. Allí pasó la noche aquella muchedumbre; y á las primeras horas de la mañana siguió fué creciendo el gentío, notándose además en la capital un movimiento desusado.

La entrada de las tropas en Madrid fué un acontecimiento notable. A las ocho y media de la mañana llegó la Reina, procedente de Aranjuez, á la estacion de Atocha, donde fué recibida por los ministros y las autoridades de la provincia; y acompañada del Rey consorte, que vestia de capitán general, del infante Don Sebastian y de otros personajes, y seguida de los principales miembros de la real servidumbre, se dirigió en carretela descubierta por el paseo de Recoletos al campamento, donde fué recibida con gran entusiasmo, así por las tropas, como por el numeroso gentío que la saludaba á su paso.

Hablando con el general O'Donnell y con otras personas, expresó la reina Isabel un doble sentimiento que embargaba su ánimo en aquellos instantes: el recuerdo de los que habian perdido la vida en defensa del honor nacional, y el disgusto de no poder presentar allí á su hijo, el tierno Príncipe de Asturias, que se titulaba á sí mismo con gracia infantil "el primer soldado del ejército español." El Príncipe se hallaba levemente enfermo desde la noche anterior.

Despues de visitar el campamento, y sin querer detenerse á aceptar el almuerzo que se le tenia preparado, por no molestar á las tropas ni retardar el momento de su entrada en Madrid, se retiró la Reina, dirigiéndose á Palacio por la calle Ancha de San Bernardo.

Poco despues comieron las tropas el primer rancho, abatieron las tiendas, y formadas en columna, emprendieron la marcha dando un largo rodeo para entrar en la capital por la puerta de Atocha, donde se levantaba un magnifico arco de triunfo. Allí los alumnos del Conservatorio de Artes y los niños del Hospicio, con bandas de música y rodeados de una multitud inmensa, recibieron al ejército, cantando un himno triunfal, cuyas notas se perdian en medio del estruendo de los vítores y aclamaciones del pueblo.

Delante de las tropas iban unos treinta y tantos oficiales, convalecientes de sus heridas, en quince coches que la Grandeza habia facilitado para conducirlos. Seguian luego el E. M. general y las fuerzas en representacion de los diferentes cuerpos de ejército, con sus respectivos generales y jefes á la cabeza.

Hora y media tardaron las tropas en recorrer el espacio que media desde la puerta de Atocha hasta la entrada de la calle de Alcalá. Esta presentaba un aspecto magnifico: la muchedumbre apiñada en toda la extension de su larga y suave pendiente; los balcones cubiertos de vistosas colgaduras y llenos de señoras ricamente ataviadas; la alegría y animacion de los semblantes, todo formaba un bello conjunto indescriptible, al que daba mayor realce la brillantez del cielo y lo apacible de un hermoso dia de primavera. Desde que el ejército entró en la calle, no cesaron de repetirse los vivas, cada vez más enérgicos y prolongados: por todas partes se arrojaban flores y coronas, con que los soldados adornaban sus fusiles, y los oficiales sus espadas: los coches de los heridos se llenaron de ellas, y su peso hacia inclinar las banderas de los batallones, destrozadas por balas enemigas:

Serian las tres de la tarde cuando las tropas, detenidas á cada paso en su triunfal carrera por la muchedumbre, que aclamaba á generales, jefes y soldados con entu-

siasmo delirante, pudieron llegar hasta Palacio, en cuyos balcones aguardaban los reyes para presenciar el desfile.

Como en todas partes, un inmenso público llenaba la ancha plaza de la Armería. Los batallones, cargados de laureles, desfilaron dando nutridos vivas á la Reina, que visiblemente conmovida les contestaba agitando su pañuelo.

Hasta las cinco de la tarde no pasó el ejército, de regreso hácia el Prado, por la carrera de San Jerónimo. Los socios del Casino, que se proponían festejarle, creyendo que ya no pasaría, por lo avanzado de la hora, se habían retirado, siendo esto causa de que no pudieran ofrecer al general O'Donnell una corona de plata que le tenían preparada, juntamente con otra para el general PRIM; pero acudieron presurosos, y al pasar este bajo una lluvia de versos y flores, salió el señor Perez Calvo á presentarle ambos obsequios en nombre del Casino, diciéndole:

“General: la casualidad de haber pasado el Excmo. Señor Duque de Tetuan cuando ya no se le esperaba, ha hecho que no pudiera entregársele esta corona, pequeña ofrenda á sus grandes merecimientos: V. E. que los conoce tan de cerca; que ha secundado con heroísmo sus elevadas miras, y que al mismo tiempo reúne la circunstancia de ser socio del Casino, es el que puede reparar la falta, y disculparle.

“Al propio tiempo, los amigos de V. E. le presentan esta otra corona, como pobre recuerdo á las imperecederas glorias de Castillejos, Tetuan y Wad-Rás.—¡Viva el caudillo del ejército! ¡Viva el general PRIM!.,

El Conde de Reus aceptó la comision que se le confiaba, y contestó:

“Yo entregaré esta corona al ilustre General en jefe, digna y gloriosa representacion del heróico ejército de Africa. Yo os doy gracias, señores, por la mia, no porque me crea digno de ella, sino porque vale mucho por la significacion que tiene en estos momentos, y porque es una muestra de lo satisfechos que estais de nuestros esfuerzos.

“Señores: Cuando un ejército hace lo que el nuestro en Africa, y cuando un pueblo ofrece el espectáculo que presenta el de Madrid, podemos decir con justo orgullo que somos españoles, que tenemos patria.

“Yo no tengo palabras para encomiar bastante el valor de este ejército, sus sufrimientos, su constancia: todas las glorias que hemos adquirido en Africa son debidas á estos valientes, admiracion de la Europa. ¡Viva el ejército! ¡Viva España!.,

“¡Viva! ¡Viva!., repitieron millares de voces; y estas aclamaciones continuaron

atronando el espacio cada vez que pasaba un general, un jefe de batallón, una bandera.

Luego que los cuerpos llegaron al Prado, fueron desfilando por delante de sus generales, que les saludaban y les dirigian palabras lisonjeras antes de retirarse. El Conde de Reus elogió con elocuentes frases el valor de uno de los batallones, y exclamó señalando á la bandera del mismo:

“¡Esa es la gloriosa enseña que quisieron arrebatarse los moros!... ¡Desdichados! Ignoraban que la defendia un batallón de héroes.”

Los soldados, enardecidos por estas palabras, contestaron dando un viva frenético á su general.

Entre los muchos incidentes acaecidos aquel día, fué muy notable y celebrado uno que ocurrió al entrar las tropas en la calle de Alcalá. En el momento de pasar el Conde de Reus por delante de su casa, vióse aparecer en uno de los balcones un niño en traje de cazador, con los galones de cabo en las mangas, y levantado en alto por un caballero anciano: aquel niño era el Vizconde del Bruch, que haciendo señas á su padre, le mostraba una corona de laurel. Enternecido el bravo general por esta acción de su querido hijo, aceptó gozoso aquella ofrenda, y se la colocó en el brazo izquierdo, recibéndola de manos del pueblo, que acudió á recojerla, mientras prorumpia en estrepitosos aplausos.

Todas las clases de la sociedad rivalizaron, el día 11 de Mayo, en patriótico entusiasmo, para solemnizar debidamente la entrada triunfal en Madrid del ejército vencedor, y por mucho tiempo duró el recuerdo de aquella magnífica fiesta. Pero no bastaban las ruidosas y pasajeras manifestaciones populares para significar el sentimiento íntimo de los españoles, y se quiso además perpetuar en cierto modo la memoria de la gloriosa campaña terminada, por medio de monumentos literarios. Invitados por el Sr. Marqués de Molins, muchos escritores de nota compusieron un bello libro, que se tituló *Romancero de Africa*; y la Real Academia Española abrió un certámen sobre el mismo asunto, cuyos premios fueron entregados el día 30 de aquel mes, por mano de S. M. la Reina, á los poetas laureados.

## III.

Al mismo tiempo que en Madrid, se festejaba dignamente en Barcelona á los vencedores de Africa, representados por el batallon de cazadores de Arapiles y los mercedos tercios catalanes, tocando no pequeña parte de aquellos honores al general Conde de Reus. No pudiendo este acceder, por consideraciones muy respetables, á la invitacion que le hizo el Ayuntamiento barcelonés, para que fuese á desembarcar allí en compañía de los Voluntarios, dió sus excusas, y envió con ellos el citado batallon de cazadores, como lo habian pedido las autoridades, para que tuviese representacion el ejército.

A las 9 de la mañana del dia 3 de Mayo entraron en el Puerto de Barcelona los vapores *Ebro* y *Duero*, conduciendo á los expedicionarios, cuyo arribo fué anunciado con tres cañonazos desde el castillo de Monjuich; y antes de las diez, la poblacion en masa estaba en el muelle, plaza de Palacio, muralla de Mar y en todas sus avenidas.

La Diputacion provincial, acompañada de los representantes de las principales corporaciones, de la Audiencia, del Consejo de provincia, Ayuntamiento, Cabildo eclesiástico y Cuerpo consular, recibió á los recién llegados en una magnífica tienda, levantada frente á la primera calle de la Barceloneta. Entre aquellas personas llamaba la atencion una señora, cuya presencia en tan solemne acto excitaba el más patético interés: era la anciana madre del general PRIM....

En nombre de la provincia dirigióse á los Cazadores y Voluntarios una brillante alocucion, que terminaba con estas bellas frases:

“Valientes del ejército de Africa: habeis vencido como dignos émulos de los que en una guerra de ocho siglos hicieron al árabe su eterno enemigo. La muerte que alcanzaron en el campo de batalla, ha llamado á muchos de vuestros hermanos de armas á vivir con vosotros en la Historia. Para todos guarda gratitud la Patria; á todos ofrece la provincia de Barcelona la felicitacion que dirige á los primeros que pisan nuevamente este suelo: en los que regresan, saluda esta Diputacion, á nombre

de la provincia, los laureles de todos los que han peleado.—¡ Viva la Reina ! ¡ Viva España ! ¡ Vivan las glorias nacionales !.,

El Ayuntamiento de Barcelona aguardaba á los expedicionarios en la plaza de Palacio. Allí se trasladaron las demás autoridades, colocándose en dos tablados, contiguos á una gran pirámide de honor, sobre cuya base veíase figurada la *Historia*, y una magnífica matrona, representando á *España* en actitud de coronar á los vencedores: grupos de banderas y estandartes, destacándose de los cuatro ángulos, simbolizaban las diferentes armas del ejército.

La espaciosa plaza presentaba un magnífico golpe de vista en el momento de llegar las tropas al pié de los tablados. Aparte de la inmensa muchedumbre de espectadores, veíanse numerosas comitivas de estudiantes, y de otras clases, llevando multitud de banderas, con acompañamiento de músicas y coros: dos de aquellas comitivas eran precedidas de sendos carros triunfales.

El presidente del Ayuntamiento dirigió una patriótica alocucion á los Cazadores y Voluntarios, colocando, en nombre de Barcelona, dos coronas de laurel en sus respectivas banderas, y el Obispo les bendijo, como les habia bendecido el dia que partieron para la guerra.

La explosion del sentimiento público no tuvo ya límites desde entonces. Mientras las autoridades arrojaban flores y coronas sobre los recién llegados, revoloteaban por el aire millares de impresos, que contenian composiciones poéticas; la multitud prorumpia en ardorosos vítores; las músicas hacian penetrar en los corazones su vibracion sonora, y los coros de niños de las escuelas mantenidas por el Ayuntamiento, y el de los alumnos del Orfeon barcelonés entonaban himnos patrióticos.

La comitiva emprendió su marcha triunfal por el paseo de Isabel II, delante de la Aduana, siendo detenida á cada paso por entusiastas comisiones de ciudadanos, que se presentaban á saludar á los valientes defensores de la patria. Barcelona habia engalanado sus calles para recibirles, plantando en ellas largas filas de entenas, revestidas con telas de los colores nacionales, entrelazadas con guirnaldas de laurel y flores, y adornadas con trofeos, entre los cuales se leian los nombres de muchos héroes y el recuerdo de los que sucumbieron en los campos de batalla. En varios puntos se habian erigido arcos de triunfo, alguno de ellos dedicado al vencedor de Castillejos, cuyo nombre, inscrito además en otros mil parajes, fué frecuentemente aclamado en toda la carrera.

Con los Voluntarios catalanes sucedían á cada paso escenas conmovedoras; pues como todos tenían parientes, deudos y amigos, los padres, los hermanos y allegados acudían solícitos á buscar entre las filas de aquellos el objeto de su especial cariño, y más de una madre perdió el sentido al saber la muerte de su hijo, ó al abrazar de nuevo al fruto de sus entrañas.

Tres días duraron las fiestas con que Barcelona celebró la vuelta de los vencedores en Africa, estando por las noches, la ciudad brillantemente iluminada. Uno de los actos más notables fué la distribución de varios lotes á los Voluntarios y á las familias de los que más los habían merecido, efectuada el día 4 en el Salon de San Jorge, por la Diputación provincial, bajo la presidencia del Gobernador civil, y ocupando un lugar preferente la comisión auxiliar de señoras que con sus caritativos esfuerzos habían allegado recursos, y la respetable madre del general PRIM. Distribuyéronse nueve lotes de dos mil reales, y cuatro de mil quinientos, entregando además á cada voluntario doscientos reales en libretas de imposición de la Caja de ahorros. Cada vez que el presidente pronunciaba el nombre de uno de los agraciados, y este se acercaba á la mesa, el público numeroso y escogido que llenaba el salon prorumpía en vítores y aplausos.

Los festejos terminaron con un espléndido banquete, dado á los voluntarios por el Ayuntamiento en el vasto salon de los Campos Elíseos, donde se pronunciaron entusiastas discursos, y se dieron calurosos vivas á la Reina al general O'Donnell y al Conde de Reus. El coronel Fort dirigió á los voluntarios enérgicas y sentidas frases, arrancándoles el juramento, que profirieron todos á una voz, de corresponder á los obsequios que se les hacían siendo buenos ciudadanos, honrados padres y dignos hijos de familia.

El general PRIM recibía, entre tanto, de todas partes preciosos regalos é innumerables felicitaciones. Fué una de las más notables la que, con fecha 29 de Febrero, le dirigieron muchas personas distinguidas de Puerto-Rico, por sí y en representación del comercio, agricultura, propiedad, facultades, clero, prensa y artes, en la que se leían estas frases altamente lisonjeras para el Conde:

“...No hemos podido menos, recordando que V. E. ha sido en época no muy remota uno de los más dignos generales que han mandado esta muy noble, muy leal, muy pacífica y española antilla, de enorgullecernos por ello, y de dirigirnos á V. E. en particular, enviándole felicitaciones tales, que son mejores para sentidas que para descritas, supuesto que nacen de la sinceridad de nuestros corazones, por

las simpatías que V. E. supo captarse entre todos los habitantes de esta isla durante el poco tiempo de su mando en ella, y que hoy, viéndole cooperar tan en primera línea á enaltecer el honor y gloria de nuestra patria, acrecen de tal manera, que nuestras unánimes exclamaciones al leer las proezas de V. E. son lacónicas, bien que sentidas, y las mismas que tantas madres pronunciarán, recordando el riesgo de sus queridos hijos en guerra tan mortífera: ¡Ojalá que salga ileso de tantos peligros! — Así, pues, deseamos y rogamos al Todopoderoso que conserve los días de V. E. para mayor lustre de la nacion española....»

Esta delicada y doblemente significativa felicitacion fué redactada al recibirse en Puerto-Rico la noticia de la toma de Tetuan; pero no pudo llegar hasta más tarde á manos del general PRIM. En toda la América española se despertaron vivas simpatías hácia el héroe de los Castillejos, demostrándolo, entre otros obsequios, el que le hizo nuestro compatriota don José Ruiz, avecindado en Valparaiso, enviándole una rica manta para caballo, y dos mil reales para que el General recompensase á dos soldados de los que, á su juicio, se hubiesen distinguido más durante la campaña.

El capitalista D. José de Salamanca regaló tambien al Conde Reus un magnifico caballo de silla.

La provincia de Alicante le ofreció un precioso baston de mando con puño de oro cincelado, sobre el cual campeaba una corona de marqués salpicada de brillantes, y una C gótica, inicial de *Castillejos*. En la tapa del estuche que contenia este baston, se leia la siguiente dedicatoria:

“CARIÑOSO RECUERDO DE LOS ALICANTINOS AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE LOS CASTILLEJOS.

El Instituto industrial de Cataluña, que tan afectuoso se mostró siempre con el general PRIM, lo mismo en sus días de gloria que en la adversidad, no podia menos de obsequiar en esta ocasion á su héroe predilecto, y le regaló una riquísima faja de teniente general, cuyas borlas estaban cuajadas de piedras preciosas <sup>1</sup>.

La suscripcion abierta en Barcelona para costear un sable de honor, produjo 44,680 reales, no pasando de esta cantidad por haberse fijado un *máximum* que nadie podia exceder; pero tomaron parte en ella más de seis mil personas, pertenecientes á todos los partidos políticos y á todas las clases de la sociedad. Con aquel dinero se construyó una preciosa joya, de gran mérito artistico, obra del distinguido artífice D. José

<sup>1</sup> Esta faja fué enviada por el general PRIM á Italia, en 1870, como obsequio al rey electo por las Córtes Constituyentes, Don Amadeo de Saboya.

Pomar. La empuñadura del sable formaba dos ricos cartelones, adornados con arabescos y flores de colores, fondo de esmalte, figurando en el uno el escudo de armas del Conde de Reus, y en el otro, la dedicatoria, que decia así:—AL GENERAL PRIM, LOS ENTUSIASTAS DE SU BIZARRÍA.—Entre los cartelones habia dos grupos representando las diferentes armas del ejército español, en actitud de avasallar el orgullo de los marroquíes, y en el remate del puño, dos genios con palmas y coronas. En el guardamano se hallaba esculpido el escudo de Cataluña entre arabescos, todo esmaltado, y otro genio, simbolizando la Victoria, formaba el gavilan, con esta inscripcion: CAMPAÑA DE AFRICA.—1859.—1860.—La hoja, una de las mejores que han salido de la fábrica de Toledo, llevaba inscritos entre un delicadísimo esmalte los nombres de los principales hechos de armas acaecidos en Africa, y esta leyenda:— PARA DEFENDER TU PATRIA Y TU VIDA.—La vaina era tambien de oro, como la empuñadura, y en ella, entre incrustaciones de oro de colores, figuraban intercaladas en ocho cuarteles, las armas de España y de Cataluña. En el brocal se veian simbolizadas las ciencias y las artes, y la contera terminaba con un juego de caprichosos dibujos.

La ciudad de Reus obsequió asimismo al general PRIM con una espada de honor, y la Diputacion provincial de Barcelona inició una suscripcion, con el doble objeto de regalarle otra espada, y de erigir un monumento que recordase á las generaciones futuras las glorias de la guerra de Africa.

Por último, el Ayuntamiento de Barcelona, habiendo acordado que se acuñase una medalla de plata para cada uno de los jefes, oficiales y soldados voluntarios de Cataluña, mandó labrar una de oro, especialmente dedicada al Conde de Reus.

#### IV.

El hombre que era objeto de tantas y tan señaladas muestras de consideracion y aprecio, y cuya fama de valeroso y entendido circulaba por todos los países, de Europa y América, no podia menos de suscitar ocultas rivalidades, ni de verse halagado y solicitado, así en las altas, como en las bajas regiones de la política, por cuantos tenian interés en ganarlo para su causa. Los partidos en España, y algunos

potentados extranjeros procuraron por aquel tiempo sacar provecho del inmenso prestigio que rodeaba al general PRIM, haciendo figurar su nombre en las más opuestas y aun extrañas combinaciones políticas, y dando origen á curiosos incidentes y á polémicas desagradables, por lo que tenian de personales.

Ajeno el Conde de Reus á todas las cábalas que se formaban á su alrededor, no podia impedir, sin embargo, que amigos imprudentes ó exploradores interesados, echasen á rodar su nombre con cualquier motivo por las columnas de los periódicos; y les dejaba decir cuanto quisiesen, con la indiferencia de quien estaba acostumbrado á no responder sino de sus propios actos.

Con relacion á los partidos políticos, el general PRIM permanecia fiel á los principios de toda su vida, queriendo la mayor suma de libertad compatible con la monarquía constitucional, y la *conciliacion* de los extremos: por esto militaba en las filas de la *Union liberal*, sin dejar de ser progresista, y no tenia motivos para desviarse de ella, viendo que nunca, en todo el presente siglo, habia gozado España de tanta prosperidad en el interior, ni de más consideracion en el exterior, que durante los primeros años de la dominacion unionista.

Por aquel tiempo acaeció la revolucion de Nápoles. Habiendo invadido el general Garibaldi la isla de Sicilia, el rey Francisco II se vió obligado á otorgar una Constitucion á sus estados; pero esta concesion tardía, y acaso insuficiente, no sirvió más que para exaltar los ánimos y precipitar el movimiento que debia expulsar á dicho rey del trono de Nápoles. Para sostenerle en él, pensóse en el general PRIM.

Un periódico moderado de Madrid, *El Reino*, dió la noticia, el dia 2 de Julio, en estos términos:

“Se ha dicho hoy por personas muy adictas al Gobierno, y que por la posicion política que ocupan las suponemos bien informadas, que el bizarro y esclarecido general PRIM, marqués de los Castillejos, saldrá en breve para Nápoles, con el objeto de ponerse al frente del ejército de aquella nacion en calidad de generalísimo y con facultades extraordinarias.—Si es cierta la noticia, la aplaudiremos, y estamos seguros de que con nosotros la aplaudirán tambien el ejército y la parte más numerosa y sensata de los españoles; porque abrigamos la esperanza de que el intrépido é inteligente general PRIM sabrá poner en Italia su nombre y el de su patria á tanta, ó si cabe, á mayor altura que lo puso en la gloriosa campaña de Africa.”

Como no podia menos de suceder, á todo el mundo sorprendió tan estupenda noticia, y de tal modo la comentaron y ampliaron los periódicos de diversos matices,